

# *PREGON*

SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO

2001



PREGON DE  
SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO  
2001

José Delfín Val

© Junta Local de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: Ecce Homo

Claudio Tordera, s. XVII

Iglesia de Santa Cruz - Museo de Semana Santa

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.

Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 255.-2001

# PROCLAMA:

*En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu, para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María, Señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:*

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales, han acordado, ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, que hoy 7 de Abril de 2001 se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santo Domingo y a las 8,30 horas de la tarde, para que ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Ilustrísimo Señor Don JOSÉ DELFÍN VAL SÁNCHEZ, Periodista, Locutor de radio y Televisión, Escritor de diversas publicaciones bibliográficas. Investigador de la cultura popular castellana.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta Local de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del primer año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu y pedimos oraciones para que Su Santidad JUAN PABLO II, Vicario de Cristo en la Tierra, siga pastoreando con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Pregonada en el Año de Gracia vigésimo sexto del Reinado de Don JUAN CARLOS I.

ARCHIVASE EN EL LEGADO  
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2001

FIRMADO Y SIGNADO POR  
EL ESCRIBANO MAYOR



# PRESENTACION

**Con licencia del Rvdo. Señor Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Gabriel Pellitero Fernández**

*Ittre. Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes de Castilla, Consejeros del Común, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Presidentes, Hermanos Mayores, miembros de los distintos Gremios y Hermandades de Penitencia y Pasión, señoras y señores. Amigos todos.*

Estamos en el primer año de un nuevo siglo y nuevo milenio, y una vez más nos encontramos reunidos aquí, en esta iglesia de los PP. Claretianos, para escuchar el Pregón, pieza magistral que sirve de pórtico a las celebraciones de la Semana Santa de nuestra Ciudad, y nos prepara para revivir de nuevo la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, desde nuestras profundas convicciones de fe cristiana y tradición popular, con un arraigado sentimiento que, año tras año, de manera muy especial para los riosecanos, nos lleva a celebrar aquellos momentos gloriosos de forma tan singular.

En el año 1958, Félix Antonio González pronunciaba el que sería el primero de los Pregones de Semana Santa y un año después, en 1959, lo hacía M.<sup>a</sup> Teresa Iñigo de Toro. Pronunciaron unos magníficos pregones que, a pesar del tiempo transcurrido, son recordados con interés y cariño. Con el paso de los años, ambos personajes han pasado a formar parte de la Ciudad y de su Historia.

Junto a ellos, unido por lazos de amistad y trabajo común, formando una trilogía peculiar, está José Delfín Val Sánchez, quien durante años y en muy distintas ocasiones, al igual que los anteriores, ha dado suficientes muestras de afecto y amor a Medina de Rioseco, bien en sus intervenciones como locutor de radio, en la desaparecida emisora «La Voz de Valladolid», bien a través de sus diferentes artículos y colaboraciones en periódicos tales como: «El Norte de Castilla», «Diario Regional», etc. y cómo no, en sus múltiples visitas a nuestra Ciudad, estableciendo vínculos de afecto y amistad con sus gentes.

Todo ello es lo que nos hizo solicitar de José Delfín Val Sánchez, a través de Jesús M.<sup>a</sup> Reglero, pregonero también de nuestra Semana Santa

en el año 1984 y amigo personal, su presencia como Pregonero de la Semana Santa 2001, solicitud que aceptó con sumo agrado y no menos disimulada inquietud, por lo que le dimos las gracias entonces y hoy, en su presencia, se las reiteramos con el cariño y afecto de esta Ciudad.

JOSÉ DELFÍN VAL SÁNCHEZ, salmantino afincado en Valladolid, hombre de Castilla que se enorgullece y pregona de ello, es periodista, locutor de radio y televisión, escritor de libros sobre las diferentes Semanas Santas castellano-leonesas, sobre las tradiciones populares de la región, el folklore, la música, etc. Pertenece al Grupo Pinciano desde su fundación, y ha desarrollado diversos trabajos de investigación de la cultura popular castellana. En la actualidad, es articulista habitual del periódico El Mundo/Diario de Valladolid.

En nombre de Medina de Rioseco, de sus habitantes y en el de la Junta Local de Semana Santa, le reitero nuestro agradecimiento por haber aceptado ser Pregonero en este año 2001.

Con el profundo y respetuoso silencio que caracteriza nuestras procesiones nos disponemos a escuchar su palabra.

¡Que su voz armoniosa y templada ocupe esta cátedra, nos deleite con su profunda y hermosa prosa, y nos haga partícipes de la incomparable y sin parangón Semana Santa de Medina de Rioseco!

Querido José Delfín, tuya es la palabra.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE  
Presidente de la Junta de Semana Santa

# PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2001

Autoridades de Medina de Rioseco, Junta Local de Semana Santa y cofrades, señoras y señores:

El pregonero que les habla quiere lanzar su pregón de Semana Santa apasionadamente porque anuncia los hechos más dramáticos y descreídos vividos por la cristiandad. La Pasión de Jesús es un drama protagonizado por un inocente que, siendo Dios, quiso hacerse hombre y morir como hombre ateniéndose a las leyes que para gobernar a los pueblos habían propuesto los legisladores con la mayor de las crueldades: la muerte atado o clavado en una cruz. En el caso de Jesús de Nazaret se trataba de un crucificado VIP (término que ahora se utiliza para distinguir a una personalidad), pues fue azotado, coronado de espinas y clavado a una cruz.

No se pensaba en la cultura, sino en la represión y en la guerra. No existía el pensamiento, porque pensar era un arma peligrosa. Siempre el pensamiento ha sido un arma peligrosa, manejada por los intelectuales, que tienen una visión de la vida y de la sociedad de los hombres distinta a quienes ostentan el poder.

Este pregón va a tener una sola voz, varios capítulos, y varios protagonistas. Así, hemos pensado en titular cada breve capítulo de la siguiente manera: El paisaje. Un exvoto escondido. La madera que habla. Y el protagonista y su huella.

## EL PAISAJE

Al trazar el paisaje inevitablemente tenemos que hacerlo de forma literaria. El corazón de Tierra de Campos que es Medina de Rioseco ha latido no con el ritmo de un metrónomo de músico, perfectamente rítmico, perfectamente matemático, sino como un despertador que intentaba despertar a algunos para que todos volvieran al tajo y a la prosperidad. Ha pasado por momentos de arritmia, pero ha sido, para los escritores y los poetas y los historiadores (de la historia y del arte) un yacimiento inagota-

do, interminable y sorprendente que nunca dejaremos al descubierto, que nunca conoceremos completamente, pues nos guarda secretos. Es decir, aún quedan sorpresas por descubrir, aspectos que resultarán nuevos acerca de su historia y del arte que atesora.

El paisaje artístico de Medina de Rioseco está analizado y estudiado por nombres tan importantes como Esteban García Chico y José Martí y Monsó, Juan José Martín González y Jesús Urrea, entre otros. El paisaje social, la queja y el llanto de una ciudad de almirantes castellanos fue la queja de Julio Senador. Y el paisaje descrito emocionadamente, como el apunte en cuatro trazos de un pintor, lo hizo Miguel de Unamuno en aquel artículo que le dedicó al Jueves Santo en Medina de Rioseco en el que, entre otras cosas, decía:

«Medina De Rioseco, ciudad castellana, abierta, labradora, en los antiguos Campos góticos, en tierra llana, asentada y sedimentada... Jueves Santo, jueves por eminencia santo, por ser el de pasión, con la santidad de ésta y la pasión de la santidad. Iba atardeciendo. Desde la plaza de Santo Domingo, al bajar la procesión se veía empinada sobre el apiñado caserío la torre de Santa María, sobre el cielo agonizante que empezaba a parir estrellas. Y pasaba el paso de la Dolorosa, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Soledad –dolorosa soledad y dolor solitario–, de Juan de Juni. Una de esas castizas Dolorosas españolas, símbolo acaso de España misma, con el corazón atravesado por siete espadas. El dolor serenado se cuaja acaso en alguna lágrima diamantina que refleja el resplandor dulce de los cirios».

Son palabras que brotan del hondón del sentimiento y describen el paisaje de pasión de Rioseco en el corazón atormentado de Miguel de Unamuno, de quien mi madre, que le conoció, me cuenta que era buena persona, buen esposo y buen padre. Que sus libros «La agonía del cristianismo» y «Del sentimiento trágico de la vida» eran lectura prohibida cuando salieron porque no entendían sus dudas religiosas. En el busto que le hizo el palentino Vitorio Macho (y al que saludábamos de jóvenes cuando subíamos a clase, al segundo piso del Palacio de Anaya, frente a la catedral de Salamanca) el escultor le puso sobre el bolsillo de la chaqueta, una cruz en relieve que quedaba justo encima del corazón.

Unamuno habla de una virgen castiza. No se entienda el vocablo como sinónimo de «auténtica», «folklórica», «natural». Entiéndase como él entendía «lo castizo». Es decir, castizo deriva de casta, así como casta viene del adjetivo casto, puro. La Dolorosa de Juni es... como si sólo pudiera ser nuestra. Pura en el sentido de auténtica, personal, como seña de identidad de un carácter y de unas gentes.

«Estos pasos pasaban por la rúa comunal, familiar. Era la misma procesión de antaño. El anciano cree ver la que vio de niño, y el niño,

aun sin darse de ello cuenta, espera ver la misma cuando llegue a anciano, si llega».

Lo mismo que todos los años. Las procesiones de Tierra de Campos, y en especial la de Medina de Rioseco como la más representativa, no debe cambiar nunca. Y pasarán los años y siempre será igual. Con los mismos pasos, que salen de las mismas iglesias, con la justa luz en las estrechas calles, con el mismo paisaje, aunque con distintos cofrades y distinta gente... por los siglos de los siglos siempre el mismo paisaje.

Un escritor leonés de nacimiento, Jesús Torbado, peregrino hace poco por el Camino de Santiago, publicó en 1969 un libro titulado «Tierra mal bautizada». Era un libro de viaje que dedicó a sus padres con esta frase impresa en la primera página: «Para mis padres, que aman la Tierra de Campos tanto como para haberse quedado a vivir en ella». Uno piensa que algo especial tendrán las gentes y el paisaje de Tierra de Campos para que se nazca y se quede uno en ella, sin moverse pero dando frutos: como un árbol. Jesús Torbado en ese libro de viaje, al pasar por Rioseco dice que «Tiene tanta historia que toda ella se ha convertido en leyenda». Y que es ciudad romana, por lo menos, pues se sabe que en otros tiempos fue denominada Forum egorrorum, que equivale a decir, centro de los mercados. Medina de Rioseco confirma esta leyenda romana, pues es en estos momentos el lugar ferial más importante de la comarca. El escritor caminante sabe que «Los Enríquez fueron gente rica e importante. Que dominaron en la villa durante mucho tiempo y, a la cabeza de sus siervos, eran cotizados por los reyes como útiles amigos o peligrosos enemigos. Rioseco era en el siglo XVI «el más opulento lugar de señorío».

Esto decían otros. Pero ¿qué dice este pregonero que os habla del paisaje de Medina de Rioseco? Por no entrar en argumentos que pudieran ser calificados de vanidosos, sépase que hemos estado por voluntad propia en momentos importantes de la vida de Rioseco para dar noticia de ellos como periodista de Radio y Televisión en la Feria Comarcal e Industrial para la Tierra de Campos, en el Parque del Duque de Osuna; en los festivales taurinos; en las retransmisiones de algunas de vuestras procesiones de Semana Santa; apoyando la conservación de vuestros cuatro grandes templos, y hemos sido pregoneros de vuestras ferias y fiestas hace algunos años, quizá, demasiados. Medina de Rioseco es mi casa espiritual, mi lugar de retiro de vez en cuando para disfrutar contemplando unas imágenes, una capilla, un museo, una gastronomía, una arquitectura tradicional, unas leyendas, una historia pequeña que haríamos más grande entre todos; en fin, un lugar apacible donde retirarnos para disfrutar unos días y nutrirnos del poso de su historia y de su arte y aprender de su controlado caminar hacia delante.

El paisaje de Rioseco en Semana Santa es un paisaje de sombras y pequeñas luces andarinas, y un cielo estrellado que se rompe, de parte a parte, con unos sonidos desgarrados, como un grito, del pardal y el tapetán que asustan a las almas incrédulas.

## UN EXVOTO ESCONDIDO

Este es un hecho histórico que permaneció oculto durante muchos años.

Cierto día, movido por la curiosidad de conocer a fondo la Semana Santa de Valladolid, capital y provincia, e indagando en su historia y vicisitudes, me topé con una muestra, una más, de las muchas que los riosecanos han dejado a la vista (a veces también de forma oculta) de su devoción hacia la Virgen María, en quien tenían puestas sus esperanzas quienes pasaban por un mal trago. Los hechos los cuento aquí tal y como sucedieron, dejando que el fervor aporte a la noticia fundamental otras noticias de carácter político y humano. Especialmente el humano; por cuanto tres hombres pusieron toda su confianza en una figura religiosa tallada por Gregorio Fernández a imagen y semejanza de la que talló Juan de Juni en su taller de Medina de Rioseco y para esta ciudad.

Necesitando la imagen de Nuestra Señora de la Vera Cruz, de Valladolid, una restauración en la que se le pensaban quitar una media vaina de bayoneta que tenía metida en el interior de su pecho para que en ella entrara la espada que porta en su mano izquierda, y con el propósito de rescatar la policromía original hecha por el pintor colaborador del imaginer, los restauradores que en la figura trabajaban se llevaron una gran sorpresa. Al desmontar los brazos de la escultura, encontraron en el hueco interior del brazo derecho, un periódico enrollado, puesto allí a modo de ex-voto. Ese periódico resultó ser un testimonio de la Guerra de Cuba. Debió ser introducido por tres soldados –hay mensajes manuscritos con tres tipos de letra, aunque sólo se aprecian las firmas de Antonio Álvarez Mateo y Juan Rodríguez Carretero– algún tiempo después de regresar de la Guerra de Cuba. Estos devotos de Nuestra Señora de la Vera Cruz escribieron algunos testimonios y ruegos piadosos aprovechando los espacios en blanco del papel y en ellos pedían protección para sus compañeros al tiempo que expresaban algunas opiniones sobre la situación. El periódico debió ser introducido en el brazo de la Virgen el 5 de marzo de 1896, pues esa es la fecha que consta al pie de uno de los mensajes.

La cabecera del periódico está ocupada por el siguiente titular: «La campaña de Cuba y Actualidades». Semanario Ilustrado, propiedad de la empresa anunciadora Los Tirolese. Barrionuevo 7 y 9, entresuelos.

Teléfono 311. Madrid. Director Don Valeriano Pérez Aguirre. Administrador Don Simón Pérez. 10 céntimos en toda España. Número 23. Precios de suscripción: España: Trimestre, 2 pesetas. Semestre, 4 pesetas. Año 8 pesetas. Extranjero: año, 12 pesetas. Ultramar: año, 15. Los pagos, adelantados.

Los mensajes testimoniales, manuscritos a pluma, dicen así (salvo lo perdido por rotura o desaparición de la tinta por humedad):

«Recuerdo de Juan Rodríguez Carretero, natural de Medina de Rioseco que nació el año 1831 a 12 de junio, cuya partida de bautismo se hallará en la parroquia del Apóstol Santiago de dicha ciudad, como amante y berdadero cristiano, apostólico, romano, pido a Nuestra Escelsa madre Maria Santisima me hay-ga (?) y llegue al trono de Dios Padre (cruz) de Dios Hijo (cruz) de Dios Espiritu Santo....Viva Cuba española. Viva España. Vivan las vitorias (sic) gloriosas de nuestros antepasados, siempre las au...por nuestra santa religion de Jesus y la Santa Madre de Dios y Purisim...asi os lo pido madre de los Dolores, amen. Antonio Albarez Mateo, Juan R. Carretero.

(Abajo) Al Excmo. Sr. José de la Concha...que fuimos 10.000 hombres en 1851. Estalló la primera insurrección, la titulada del traidor Narciso López, este murió en garrote y los jankees a la bayoneta...Maria Santisima en quien deposito esta peticion...pide a tu Santisimo Hijo que nos conceda la paz y la tranquilidad de España. Oyenos Virgen de los Dolores. Marzo 5 de 1896.» (A continuación tras una línea echada verticalmente, se escribió este texto: «Pido a Maria Santisima y Abogada Madre nuestra que desde este dia de principio a que la Guerra termine y no (se derrame) más sangre española. Te lo pide Virgen...mia el beterano que tuvo la honra de servir en la isla de Cuba siete años, tres m...que pertenecio a una compañía de Gra...por los años de 1850 a 1856 que fui voluntario».

La principal ilustración del periódico en la que están luchando prácticamente cuerpo a cuerpo dos grupos de tropas tiene el siguiente pie: «Brillante acción sostenida por las tropas leales, al mando del coronel señor don Julián Suárez Inclán, cerca de Candelaria, derrotando a 6.000 hombres capitaneados por Mazeo, Quintín Banderas y otros».

El autor del descubrimiento de este periódico en el interior de uno de los brazos de la Virgen de la Vera Cruz, de Valladolid, que tres riosecanos utilizaron para dejar un exvoto oculto fue el restaurador y escultor Mariano Nieto, autor de algunas de las nuevas figuras que componen algunos de vuestros pasos.

En ese periódico en el que se habla de la Guerra de Cuba y de la presencia de algunos riosecanos, queda constancia de una cuestión irrefutable: el riosecano se ha movido siempre a impulsos de su fe y ha puesto su vida en manos de una virgen de su devoción que era imagen semejante a la

Dolorosa de Juni. No deseo con ello generalizar, sino dejar constancia de que en los casos conocidos por el testimonio documental, así es.

No se me quita de la cabeza la sospecha de que uno de estos tres soldados españoles regresados vivos de la Guerra de Cuba, el llamado Juan Rodríguez Carretero debió estar emparentado con el afamado escultor Aurelio Rodríguez Carretero, nacido en Rioseco y autor de las esculturas de José Zorrilla y el conde Ansúrez, en Valladolid; del monumento dedicado a los héroes de Moclín aquí en la ciudad que le vio nacer, y el de la reina Isabel la Católica, en Medina del Campo, entre otras muchas obras ya realizadas en su taller de Madrid. El escultor Rodríguez Carretero era hijo de un tallista de cierta fama, nacido también en Rioseco y si uno de aquellos soldados fue capaz de introducir en el interior de uno de los brazos de la virgen el periódico enrollado, es porque algo del oficio sabría, pues volvió a colocar el brazo sin que se notara su manipulación. No solían ser en aquellos años muchos los que sabían que los brazos y otras partes de la figuras solían vaciarse de madera inútil una vez concluida la labor de talla, para eliminar peso y, al mismo tiempo, para evitar que se produzcan grietas por no haber sido cortada la madera en buena luna. Es decir, conocía la técnica de la escultura o de oídas o por ejercerla.

## MADERA QUE HABLA

Cualquier persona que, de nuevas, venga a Medina de Rioseco y contemple vuestros pasos de Semana Santa, incluso aunque sea agnóstico o practicante de otra religión o mantenga ciertas zozobra y angustia religiosa como fue el caso de Unamuno, sentirá en el fondo de su ánimo que algo de especial tiene la religión más universalista que fue capaz, a partir del Concilio de Trento, de mover a tantos artistas a plasmar con su arte obras inmortales. Y al decir «inmortales» me refiero, claro está, a la perennidad de la obra. Aunque lo propio, lo suyo, sería mencionarlas como «obras hablantes», «expresivas», «transmisoras de un sentimiento» «espiritual y filosóficamente interactivas» como diría un crítico. Por eso, nosotros hemos pensado que «los pasos son representaciones, con más o menos rigor histórico-religioso, de determinados pasajes bíblicos en torno a la Pasión de Cristo. Los artistas encargados de su confección dejaron en ellos la huella indeleble de una época y el claro sello de su buen hacer artístico. Pero no es sólo la mano la que cuenta en la realización de estas «escenas». Hay que poner corazón en el empeño; corazón para que la gubia saque de la madera tan bellas imágenes. Porque parece mentira que bajo esa «piel» no corra la sangre... Parece mentira que esos ojos tan vivos

no vean, o que dentro de ese pecho no lata un corazón... Parece mentira que esos labios no hablen de amor, de comprensión, de entendimiento, de fe y de perdón. Parece mentira que siendo tan perfectos no se muevan... Parece mentira, pero es verdad. Sólo es madera».

Los mayordomos de las cofradías penitenciales de Medina de Rioseco del siglo XVII mantenían una cierta rivalidad con los de Valladolid. Sin ningún motivo, pues esta ciudad «corazón de Tierra de Campos» (por algo será el cognomento antiguo) y ciudad, residencia y nacimiento de los Almirantes de Castilla fue residencia, también, de importantes artistas, pintores, escultores, plateros, maestros rejeros, arquitectos y ensambladores que aquí dejaron testimonio de su bello oficio. Nada, pues, que envidiar en ciertos momentos de nuestra historia, los unos de los otros. Rioseco en muchos momentos tuvo lo que no tuvo Valladolid. Cuatro templos, como cuatro catedrales, por no abundar en más ejemplos.

Del esplendor de Rioseco hablan, en tiempo pasado, pero aún no perdido, sus iglesias y conventos, su castillo (éste sí, perdido), su restaurada iglesia de Santa Cruz (arruinada parcialmente en 1977 cuando se hacían en ella trabajos de restauración) y en la actualidad sede de un importante museo de la Semana Santa; su adolorida iglesia de San Francisco, donde se iban muriendo, poco a poco, pero con paso firme y seguro, esos dos grupos escultóricos realizados por Juan de Juni en barro cocido, que son ejemplares únicos y percederos (ahora felizmente restaurados y así prolongada su vida, aunque de vez en cuando necesiten nuevos cuidados); su portentosa iglesia de Santiago, su gótica iglesia de Santa María de Mediavilla que guarda la capilla de Los Benavente, «Capilla Sixtina de Castilla» y donde, al decir de las gentes, las tropas napoleónicas instalaron las cocinas del regimiento que acampó en estas tierras riosecanas. También está la gran ermita que alberga a la virgen patrona, Nuestra Señora de Castilviejo «la pequeñita, la que en medio del campo, tiene su ermita», y que es, desde siempre, lugar de corto peregrinar de devotos riosecanos, que allí le pusieron su casa.

Decimos todo esto para demostrarnos a nosotros mismos que Medina de Rioseco ha tenido siempre majestuosos templos; y en sus retablos y altares, esculturas más que suficientes para montar unos desfiles penitenciales sin imitación posible. Por eso nos sorprende que algunos tratadistas dijera que los riosecanos volvían sus ojos a la Semana Santa de Valladolid para ser de ella imitadores. Bastaba con bajar de sus retablos algunos cristos, algunas vírgenes y algún calvario para hacer unas procesiones envidiables que habrían de discurrir por sus recoletas plazas y corros, y por sus rúas porticadas para dar calidad inigualable a la Semana de Pasión.

En el siglo XVII los mayordomos de las cofradías penitenciales riosecanas pedían con frecuencia a los escultores con taller en Valladolid que imitaran a Gregorio Fernández, autor de vuestro «Jesús atado a la columna», del «Jesús Nazareno», de Santiago, y de la «Virgen de la Alegría», aquel artista que convertía la madera en carne atormentada. Este es el caso que se dio con el paso de «El Descendimiento», tallado por Francisco Díez de Tudanca y concertado en el año 1663, veinte años después de la muerte de Fernández.

Ese paso de «El Descendimiento» se guarda en un reducido recinto que forma parte de las construcciones proyectadas por la Cofradía Penitencial de la Quinta Angustia: hospital, capilla y salón de pasos. Sólo queda este último, terminado en 1664, según el año que reza en el dintel de su puerta. Junto a este paso se guarda también el de «La lanzada de Longinos», tallado sobre el modelo de la cofradía de La Piedad, de Valladolid, por Andrés de Olivares y Pesquera, escultor, y Juan de Medina y Argüelles, maestro arquitecto. Este paso se realizó por los citados artistas diez años después que el de «El Descendimiento», en 1673. Este «Longinos» riosecano costó 5.000 reales, abonados en varios plazos, como era costumbre: 500 en el momento de la firma y –en este caso– 150 reales semanales hasta completar el pago y la obra.

Estos dos pasos, que son llamados popularmente «El Longinos» y «La Escalera», son los más grandes de la Semana Santa riosecana y están considerados los «reventones» de costaleros. Pero también los que provocan momentos de mayor admiración y contento a los cientos de espectadores que no quieren perderse el solemne momento de la salida de estos dos grandes pasos por la angosta puerta de las dependencias donde se guardan durante todo el año. Los dos pasos son sacados a pulso por la puerta del recinto que tiene solamente veinte centímetros más de lado que los pasos. Tienen, pues, los hermanos costaleros tan solo veinte centímetros para trasponer con tan preciada carga esa puerta.

Veinte centímetros para veinte hombres que arriesgan sus manos a veinte centímetros del suelo. ¡Qué os voy a contar de vuestra Semana Santa que no sepáis mejor que yo que he sido, desde años, admirador y contador de ella por mi condición de periodista y locutor.

–«La Escalera» la sacamos completamente a pulso, tirando muy fuerte del brazo y de los riñones –nos dijo un hermano cofrade.

–Y un mucho con el corazón –le dije yo.

–No le quepa la menor duda –me contestó. Ese es el que realmente manda.

Estos dos pasos son como dos barcos de alta arboladura navegando en una noche de viento pocas veces en calma y cielo cubierto, teniendo las calles de Medina de Rioseco como ruta señalada por el astrolabio orienta-

do en el firmamento del cristiano por dos rotas estrellas llamadas pardal y tapetán.

Repasando la documentación que se conserva de este paso, es interesante detenerse en una de las cláusulas que dice: «...todas las ynsignias, tornillos, y hierros que an de asegurar las figuras a su tablero de forma que vayan firmes y todos los demas herrajes y clavazón necesario y sus ruedas por bajo para que entre y salga el paso en las yglesias que le tocare andar todo muy bien seguro y firme (ha de ir)».

Evidentemente, el paso se construyó en principio con ruedas. Pero éstas posiblemente fueran suprimidas, posteriormente, por algún grupo de cofrades que preferían echárselo al hombro para sentir su peso y el de su propia disciplina. Cargar con el paso y no empujarlo ha sido un honor para todos los cofrades riosecanos.

Pero aún hay más. En el contrato no sólo quedaba claro que había que ponerle ruedas a la carroza, sino que había que aligerar de peso las figuras ahuecándolas: «Que las figuras del paso an de ser muy ligeras y tan guecas que no pese cada una de una arroba arriba de suerte que todo el paso no pase su peso de veynte y quatro arrobas y a de ser de madera de Soria seca limpia y cortada en buena luna». Es evidente que los cálculos previstos (una arroba tenía 11,5 kilogramos y multiplicados por 24 hacen 276 kilos de peso) no dieron buen resultado, pues el grupo necesita veinte costaleros para moverlo.

Hay más interesantes datos que aporta ese documento firmado por el escultor vallisoletano Francisco Díez de Tudanca ante el escribano Manuel de Elorriaga. Se conocen por él los nombres de los riosecanos contratantes: «Don Francisco Bázquez Céspedes, Antonio de Aguilar Carrera y Francisco Santos, vecinos de Medina de Rioseco le an pedido y rogado con mucha ynstancia y mobidos de santo celo les aga para la cofradía de la Soledad de Nuestra Señora de la dicha ciudad de Rioseco un paso de escultura del Descendimiento de la cruz».

(Precisamente cuando Francisco Díez de Tudanca se comprometía a hacer esta obra, la viuda de Gregorio Fernández moría en Valladolid).

Gregorio Fernández y Francisco Díez de Tudanca debieron ser dos hombres de temperamentos muy afines: amantes de su arte y cristianos de acendrado fervor.

Hemos hablado de precios y del peso de la madera. Pero a cualquiera se nos ocurre pensar también en la madera mejor para tallar figuras y el precio de un pino en el siglo XVII. La materia prima, la madera de pino, ¿qué le costaba al imaginero? Hay que distinguir entre la madera de pino para ensamblar y la de pino para tallar. La primera era mucho más barata que la segunda. El mejor pino de un pinar segoviano –según documento llegado a nuestras manos– valía un real; pero aquél podría ser un pino para

ensamblaje e inútil para tallar. El pino soriano era el más estimado por el escultor. Los pinos de Cuéllar, Portillo y Traspinedo eran buenos para el ensamblador, aunque cortados en buena luna pudieran ser, en ocasiones, utilizados para la talla de figuras de poca monta. No es, pues, nuestro caso.

Francisco Díez de Tudanca se ajustó al tiempo pactado con sus patronos riosecanos, pues entregó el paso en la navidad de 1664, habiendo tardado poco menos de nueve meses. Las figuras fueron trasladadas en carros desde su taller de Valladolid hasta esta ciudad de Los Almirantes, y aquí montadas por su propia mano, numerando los tornillos y pasadores para que esta tarea pudiera ser hecha por cualquiera de los cofrades encargados de estos menesteres en los años sucesivos. Curiosamente en el contrato había una cláusula que le haría perder a Díez de Tudanca 2.000 reales del pago acordado en caso de no entregar la obra en el plazo y fecha fijados. No los perdió porque «como quien somos, cumplimos».

Todos los datos hasta aquí expresados forman la envoltura anecdótica y folclórica (en el sentido más preciso del término folklórico; es decir, cultura del pueblo), de una manifestación de honda espiritualidad que se ejerce por derecho heredado durante la Semana Santa. Una semana de Pasión y Penitencia que dividía a las clases sociales de Rioseco: Los pasos de «La Desnudez» y «La Dolorosa», para los más poderosos. Los de «La Escalera» y «El Longinos», para los trabajadores. La mortificación espiritual, para unos, y la mortificación corporal, para otros. En la actualidad se ha equilibrado e intercambiado incluso esa condición y ya no ocurre como en los primeros años del siglo XX en que los hortelanos, los obreros, los trabajadores navegaban en barcos de alta arboladura en la noche de pasión, y los otros barcos, más bellos que éstos, tenían una mar bonancible de noche estrellada.

Hay que venir a Rioseco para participar en la Semana Santa más terracampina que imaginarse pueda. Pero no se debe venir por pura curiosidad y de vacío. Conviene cargar las pilas y el espíritu. Es preciso traer en la mente algunas sugerencias de los escritores nacidos en esta tierra «corazón y latido, por tanto, de Tierra de Campos».

Conviene echar un vistazo a dos trabajos de Esteban García Chico sobre la importancia de Rioseco en la Hispania romana y sobre las razones por las que es conocida también como «la ciudad de los almirantes de Castilla». Convendría también saber quiénes fueron para los riosecanos Ventura García Escobar, Justo González Garrido, Benito Valencia Castañeda y Mariano González Herrera. Pero eso es ya para diploma de honor emitido por la cátedra de conocimientos riosecanos.

Mi gran amigo Félix Antonio González, periodista, poeta, pintor y devoto de otros menesteres artísticos, fue el primer pregonero de vuestra Semana Santa. Y en aquella ocasión terminaba su pregón proponiendo una

idea que aún hoy sigue siendo válida: que el pregón se dé, además, entre gentes extrañas, «a gentes que no conocieran el prodigio, para invitarles a abrir los ojos a esta Semana Santa, para que, una vez aquí, ante nuestras iglesias, entre nosotros, comprendieran que si Medina de Rioseco lo fue todo, aun en lo que verdaderamente importa, sigue siéndolo todo».

Hay que venir a Rioseco cualquier día de la Semana Santa, pero especialmente el Jueves, después de haber leído a Godofredo Garabito aquellos versos de «el pardal es el llanto de una tierra de silencios, y de un surco sin sementera, de una vida sin Dios». O dicho en sus propios versos: «Bajo el soportal herido de siglos/ las losas pétreas lloran cera/ mientras suena ronco el grito del pardal».

Porque, del bagaje de sensaciones que traigamos, las esculturas de Juan de Juni, Gregorio Fernández, Tomas de Sierra, Antonio Martínez, Francisco Diez de Tudanca, Rodrigo de León, Pedro de Bolduque, Dionisio Pastor, Claudio Tordera, Juan de Muniátegui, Mateo Enríquez, Vicente Tena y los otros imagineros nos aportaran sensaciones nuevas, más intensas.

Conviene recargar el corazón con algunas de las sensaciones emocionales del libro «Semana Santa en Rioseco», de Fernando Pizarro, con magníficos grabados solanescos de Jesús Capa, cuando nos introduce en el Jueves de la pasión popular diciendo, con castellano cincelado, que en la Rúa «hay una luz de cirio en la tarde que empieza, y se intuye un luto espeso por entre los soportales. Rioseco, Castilla sin castillos». Degusten la buena prosa del juez y poeta en estos renglones suyos que nos sitúan en la calle que es, ante todo, Rúa: «Cuando el sol es ya sólo un rescoldo en el teso, la noche, solemne, obsesionada, lo va llenando todo. Pero queda una luz más tibia y más humana para alumbrar la alucinada concentración de trazos que compone la escena. Hay gente en los balcones y bajo los portales. Y en la calle, el ritmo en cada paso, la ráfaga en la mueca, la precisión gestual en el esfuerzo: los cofrades. Esta luz y esta gente, en esta calle, componen una escena plagada de matices. No podrá resumirse todo en una idea, pero esta imagen, sí lo puede expresar todo».

Unamuno se sintió conmovido también como poeta y escribió emotivos versos dedicados a Rioseco, impulsado por la pasada grandeza de esta ciudad, cuando dijo: «Hunde Medina su cuño/ sobre ti en redondo cielo/ y hunde tus naves su vuelo/ en mar seco tu terruño».

Un riosecano ausente, relativamente ausente, José Antonio Lobato del Val, pregonero hace diez años, se fijaba también en los sayones que configuran el historiado de los pasos y que, al estar fuera de culto, formaban en los almacenes donde se guardaban un elenco de personajes terribles. El caso que en su infancia le resultaba más sobrecogedor era «El Barrera» del Nazareno de Santiago, ejemplo de patetismo español.

Esta circunstancia (el que los sayones estuvieran guardados) permitió que muchos de ellos se salvaran durante la Desamortización de Mendizábal, aunque bien es cierto que otros muchos sucumbieron.

«India chica» fue llamada Medina de Rioseco, la ciudad de las cuatro iglesias como cuatro catedrales. San Francisco, abajo; y Santa Cruz, en medio; y Santiago y Santa María de Mediavilla, en los flancos, esta última con la capilla de los Benavente, donde la muerte toca la guitarra para que los hombres se vayan tras ella y la muerte sea más llevadera y engañosa.

La más antigua referencia de la Semana Santa de Rioseco es del siglo XVI cuando aquí se instaló la cofradía de la Vera Cruz, una cofradía que consiguió las mismas gracias e indulgencias que le habían sido concedidas a la Archicofradía de Jesús, de la Basílica romana de San Juan de Letrán. ¡Menudo eran, son y serán los riosecanos!

Rubricando esas sensaciones estarán los sonidos de los ya citados instrumentos destemplados, que subrayan el run-run de los silencios en la convocatoria o llamada a las procesiones. Sonidos como quejidos, como gritos fantásticos de un hombre y una mujer. El dramatismo de las escenas de teatro popular, hechas escultura, que los riosecanos sacan a sus calles.

## EL GRAN PERSONAJE

Los escultores tomaron la madera y la piedra y les dieron vida. Los pintores tomaron colores y pinceles y dieron vida a superficies planas de los lienzos o de las paredes o de las cúpulas. Los escritores y poetas se dejaron el alma en sus papeles; y los evangelistas (periodistas a su modo, pues dejaron constancia en forma de reportaje de una historia vivida por ellos en la que un hombre se llevaba a la gente de calle y decía que su reino no era de este mundo), los evangelistas, digo, contaron la Gran Historia de la Fe Cristiana con el Nazareno como protagonista del trascendental reportaje.

¿Y la ciencia? ¿Qué ha hecho, modernamente, la ciencia? ¿Ha logrado demostrar la existencia de aquel personaje? Porque la fe no es ciencia. Fe es creer lo que no vimos, según el viejo catecismo, y según Don Miguel de Unamuno «creer lo que no vemos». Veamos, pues, qué han hecho, desapasionadamente, la ciencia y los científicos por la religión cristiana, tras lo mucho que han hecho los artistas.

Hace veinticinco años, el doctor Eric Jumper y un equipo de científicos, inventaron un analizador de imágenes para interpretar las fotografías que un satélite artificial, enviado por el hombre desde la Tierra, había tomado del planeta Marte. Una vez concluido aquel trabajo estos hombres de ciencia tomaron la decisión, desapasionada e irreligiosa, de analizar

una pieza de tela que había envuelto, a modo de sudario, el cuerpo de aquel hombre que cambió el pensamiento de unos cuantos hombres de una pequeña sociedad, cuando, relativamente, estaba naciendo el Primer Año del Primer Siglo. Como sin querer, la ciencia, tras muy minuciosos análisis de aquel tejido y de la huella que en él dejó el cuerpo sudoroso y sanguinolento de aquel hombre, demostró algunos detalles sorprendentes:

Extendido aquel sudario, se comprobó que las manchas impregnadas en él formaban una imagen tridimensional. Y, al mismo tiempo, era una especie de negativo fotográfico de la figura de un cadáver. Y pudo hacerse un positivo con la facilidad con que hoy un fotógrafo reproduce un cliché.

La huella impregnada en la sábana no se produjo por contacto directo, sino por una fuerte radiación de origen desconocido para quienes estaban realizando aquel experimento: científicos de la NASA.

El cuerpo de aquel hombre estuvo en levitación en el interior de la tumba o cueva donde fue introducido, e irradiando energía de un tipo no sólo desconocido sino enigmático.

Se sacaron algunos hilos del lienzo para que investigadores de la Universidad de Módena analizaran si la impregnación de la figura humana se hizo por la sangre de las heridas que recibió aquel cuerpo y el análisis hemostático dio negativo. Ninguna de las pruebas dio presencia de sangre, pero sí se observaron en el tejido del lienzo restos de flora característica del desierto de Palmira. Esta y otras pruebas realizadas con carbono 14 por siete laboratorios que usaron métodos distintos, algunos de ellos destructivos con los elementos analizados, determinaron cosas insólitas. Por ejemplo, que la sábana debió tejerse en un telar judío, pues no se apreciaba en la trama ningún pelo de animal, cosa frecuente al tejer lino o lana en telares que no cuidaran, por costumbre religiosa, estos detalles.

En 1987 los periódicos italianos publicaron con grandes titulares la noticia que confirmaba la ciencia: «La huella de la Sábana Santa no es de origen químico».

La sábana revelaba más detalles sorprendentes. Por ejemplo: el hombre que estuvo en contacto con ella recibió, al menos, cien azotes, algunos de ellos en los testículos. Tan sólo no hubo azotes en el pecho, en la parte del corazón. Fue clavado en un madero por las muñecas y no por las palmas de las manos. Medía 1.81 centímetros de estatura y era de compleción fuerte, algo más de lo común en aquel tiempo.

Debieron encasquetarle, no una corona de espinos, sino un casco de espinos cubriéndole la cabeza. Le arrancaron a tirones parte de la barba. Cargó con un solo madero y no con la cruz entera, pues la costumbre era que los condenados a muerte por crucifixión (él fue uno más) cargaran sobre sus hombros, por detrás de la nuca, el madero de la parte superior de la cruz, llamado «patibulum». El madero vertical con el que se completa la

cruz, llamado «stipes», ya estaba clavado en el lugar de la ejecución. El que llevaban sobre sus hombros los condenados a muerte de cruz pesaba alrededor de 60 kilos.

El hombre fue atado por uno de los tobillos a los que iban a ser ejecutados al mismo tiempo que él formando una cuerda de presos. Y cuando le dieron una lanzada para comprobar su muerte, ya estaba muerto.

Una vez desenclavado y bajado de la cruz, fue depositado en una gruta y, como era costumbre, le colocaron dos pequeñas monedas de bronce sobre sus párpados.

El análisis de la sábana (hoy llamada Síndone o Sábana Santa, conservada en Turín) indica que a aquel hombre debieron de odiarle mucho, pues le partieron también la nariz por un golpe que le fue dado con un palo por un hombre fuerte y zurdo.

A los crucificados solían dársele tajos de espada en las piernas y muslos para acelerar su muerte por desangración. Pero con este ajusticiado hicieron una excepción: se le dio un lanzazo, casi frontalmente, pues la cuchilla produjo una herida que se deslizó sobre la sexta costilla, atravesó el quinto espacio intercostal y encontró en su camino, primero la pleura y luego el pulmón derecho. El tipo aquel de la lanza iba a caballo y el «stipe» no debía ser muy alto. Fue un lanzazo no de abajo a arriba, sino casi de frente, cara a cara.

Durante muchos años esta sábana, que cubrió el cuerpo en levitación de un hombre al que se le aplicó la muerte por crucifixión, estuvo en paradero desconocido. La primera vez que se la vio y se habló de ella fue en el año 525. Actualmente se conserva en el palacio arzobispal de Turín en el interior de un cuadro o caja de 5 x 2 metros con gas inerte. La ciencia no puede asegurar que aquel hombre, del que no pudo analizar ningún resto humano, fuera llamado Jesús.

Pero los años empezaron a contarse desde su nacimiento, la cultura occidental empezó a contar años y siglos a partir de lo que contaron los cuatro primeros periodistas de la historia de la civilización cristiana a quienes llamamos evangelistas y tuvieron la suerte de conocer al ajusticiado y escribir el reportaje de su vida.

Esto escribí y esto ha de servir para pregonar la Semana Santa de Medina de Rioseco del presente año 2001.





Junta Local de Semana Santa

